

PR 5317

A5

v. 2

ANTICUARIO.

NOVELA

Por Sr. WALTER SCOTT



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL

ANTICUARIO.

CAPITULO XII.

- « ¡ Mendigo, me decís vos !
» Ninguno en la sociedad
» Goza de mas libertad
» Que esos que piden por Dios.
» Viven á toda su anchura,
» Ni quitan ni ponen rey,
» No tienen culto ni ley,
» Como hijos de la natura.
» En cualquiera religion
» Encuentran faltas y abusos,
» Y siguen solo los usos
» De su antigua profesion.
» Pero ¡ ay del que los llamara
» O rebeldes ó traidores !..... »

(BROME.)

CON permiso de nuestros lectores, nos anticiparemos á nuestro anticuario, cuya marcha, naturalmente lenta aunque segura, estaba sujeta á considerables retardos, ya por los fre-

TOM. 2.

I

010762

cuentos altos, ya para enseñar á su compañero algun punto de vista agradable, ó ya, por fin, para defender con mayor fuerza algun argumento favorito.

A pesar de las fatigas y peligros de la noche anterior, miss Wardour habia podido levantarse á la hora acostumbrada, y dedicarse á sus diarias faenas, despues de haberse informado con inquietud de la salud de su padre. Sir Arthur no tenia mas indisposicion que las consecuencias de una agitacion terrible y de una fatiga á que no estaba acostumbrado; sin embargo, esto fué suficiente para obligarle á no salir del cuarto.

Pensar en los acontecimientos del dia anterior, era para Isabel una tarea bien penosa. Debia su vida y la de su padre al hombre con quien menos hubiera querido contraer obligaciones, porque le fuera imposible expresar la gratitud en términos los mas modestos, sin fomentar esperanzas que pudieran ser funestas á entrámbos. — ¿Por que cabalmente ha de haberme hecho tan gran servicio y espuestose á tales riesgos por mí el jóven cuya novelera pasion he procurado por todos términos desalentar? ¿Por que la casualidad le ha dado tal ventaja sobre mí? Y sobre todo, ¿por que ha de existir en el fondo de mi corazon un sentimiento medio subyugado que,

á despecho de la razon, celebra que le sea deudora de tan grande beneficio?

En tanto que miss Wardour se acusaba de este modo de capricho y estravagancia, vió que avanzaba por la avenida, no su jóven salvador cuya presencia temia, sino el viejo mendigo que habia representado uno de los principales papeles en el drama del dia anterior.

Tocó inmediatamente la campanilla para llamar á su camarera. — Permite la entrada á ese anciano, le dijo.

Betzy volvió dentro de algunos minutos. — No quiere venir, señorita; dice que sus zapatos herrados no se han apoyado nunca sobre tapices, y que mediante Dios no se apoyarán jamas. ¿Le mandaré entrar en la despensa?

— No, un instante; tengo necesidad de hablarle. ¿Donde se halla ahora?..... Pues le habia perdido de vista al llegar cerca de la casa.

— Sentado al sol en el banco de piedra del patio, junto á la ventana del comedor.

— Pues bien, dile que me aguarde allí; bajaré al comedor, y le hablaré desde la ventana.

Bajó Isabel conforme dijo, y le encontró no sentado del todo, sino recostado en el banco de piedra. Viejo y mendigo como era, Edie Ochiltrie estaba probablemente conven-

cido de que su alta estatura, sus espresivas facciones, sus canas y larga barba debían producir una impresion favorable, y se habia notado que guardaba siempre una actitud propia para hacer resaltar aquellas prendas recomendables. En aquel instante se hallaba recostado en el banco, vueltos al cielo sus arrugadas pero encendidas mejillas y sus ojos llenos de fuego y de vivacidad. El palo y la alforja estaban á su lado. Echó una mirada en torno suyo por el patio, con aire de ironía y de sarcasmo, y volvió á clavar sus ojos en el firmamento. Un artista hubiera podido tomarle por modelo de un antiguo filósofo cínico, sonriéndose de la frivolidad de los deseos de los hombres, meditando sobre la poca solidez de los bienes del mundo, y dirigiendo sus pensamientos ácia el eterno principio de los únicos tesoros preciosos y duraderos.

Miss Wardour, asomando su lindo rostro y su gracioso cuerpo á la ventana abierta, pero que, segun la costumbre antigua adoptada para las ventanas de los cuartos bajos de los castillos, estaba llena de barras de hierro, daba á aquella escena un interes de una clase enteramente distinta. A una imaginacion novelera se le hubiera representado una jóven cautiva haciendo la narracion de sus penas á un viejo peregrino, para que escitase á algun

afable caballero, que encontraria tal vez en sus viages, á venir á romper sus hierros.

Miss Wardour, despues de haber dado al mendigo en los términos mas espresivos las mas atentas gracias, que este declaró superiores á su mérito, empezó una conversacion que supuso la mas satisfactoria para él. — Ignoro, le dijo, lo que piensa hacer mi padre por nuestro libertador, pero no hay duda que os pondrá al abrigo de la necesidad por todo el resto de vuestra vida. Si quereis permanecer en el castillo, yo daré orden....

— Mi buena señorita, dijo el viejo sonriéndose y meneando la cabeza, no seria esa mala morisqueta para los lindos criados de la casa: ellos se desdeñarían seguramente de tenerme á su lado, y no creo que hasta ahora haya yo causado el oprobio de nadie.

— Sir Arthur daria las órdenes mas serias....

— Es vm. muy buena, miss Wardour; no hay duda que lo haria, pero hay cosas que un amo no puede mandar. Por ejemplo, les mandaria que no me pegasen, ¡ay de aquel por otra parte que se atreviese á hacerlo!.... que me diesen mi puding de harina de cebada, y mi buen tajo de carne, muy santo y muy bueno; pero ¿cree vm. que todas las órdenes de sir Arthur podrian cerrarles el pico, reprimir la maligna mirada, y obligarles á pre-

sentarme la comida con aquella afabilidad que facilita la digestion? ¿Cree vm. que podria prohibirles aquel aire de desprecio y de reconvencion, que daña mas que todas las injurias? Por otra parte, yo soy el holgazan mas voluntarioso de cuantos han existido. No podria acostumbrarme á comer ni á dormir en horas señaladas. En fin, para decir á vm. francamente la verdad, seria un pésimo ejemplo para una casa bien organizada.

— Pues bien, Edie, ¿ que os pareceria una pequeña cabaña, una pieza de plata todos los dias, y no tener mas trabajo que cavar vuestro huerto cuando os diere la gana?

— ¿ Y cuantas veces cree vm. que me daria la gana en un año? acaso ni una sola entre la Candelaria y Navidad. Y aun cuando se me tratase como al mismo sir Arthur, no podria nunca resolverme á permanecer en el mismo puesto, ni á ver todas las noches encima de mi cabeza las mismas vigas y maderos. Luego tengo yo un humor chancero que solo va bien á un mendigo vagamundo, porque nadie hace caso de lo que dice: sir Arthur tiene por su parte, como debe vm. saber, algunos raros caprichos; podria gastar alguna chanza, soltar alguna indirecta acerca de esto; vm. entónces se enfadaria contra mí, y no me quedaria mas recurso que ahorcarme.

— Vos sois un hombre privilegiado, Ochiltrie, os dejaremos arar por donde querais; asi, pues, seguid mi consejo, y pensad con vuestra edad.

— ¡ Oh! no estoy todavía tan cascado. Ya vió vm. ayer como me puso la lluvia, y á pesar de esto ninguna anguila era mas bulliciosa que yo. ¿ Y que haria todo ese pais sin el viejo Ochiltrie que es el corre vé y dile y el propagador de todos los chismes y susurros de las inmediaciones; que lleva el dulcecito y el caramelo para las niñas, y hace los sables de madera y las gorras de granadero para los muchachos; que remienda los violines de los hombres y las cazuelas de las mugeres; que tiene remedios para todas las enfermedades de vacas y caballos; que sabe mas coplas y cuentos él solo que toda la baronía junta, y á quien nadie vé llegar sin que suelte la risa? No, mi buena señorita, no, yo no puedo renunciar á mi vocacion: esto seria una desgracia pública.

— Pues bien, Edie, ya que la idea de vuestra importancia es mas preciosa para vos que el deseo de la independenciam...

— Al contrario, miss Wardour, es imposible que en ningun otro destino sea mas independiente que ahora. Nunca pido mas que una sola comida en una casa, y á veces me contento con un pedazo de cualquiera cosa; si

me lo niegan en una puerta, paso á la otra; por consiguiente no dependo de ningun particular, sino de todo el país en general.

— Si es así, prometedme solamente que cuando vuestra edad os impedirá hacer vuestras pasacalles, y desearéis fijaros en alguna parte, no dejaréis de prevenirmelo; y entretanto tomad esta bagatela.

— No, miss Wardour, me es imposible tomar tanto dinero á la vez, esto es contra nuestros estatutos; por otra parte, aunque sea imprudencia repetirlo, se dice que el dinero no abunda en casa de sir Arthur, y que ha descuidado un poco sus asuntos á fuerza de cavar para encontrar minas de plomo y de cobre.

Isabel no dejaba de tener alguna inquietud en esta parte; pero le fué doloroso adquirir esta prueba de que la penuria de efectivo en que se hallaba su padre daba ya pábulo á las hablillas del público, como si los yerros del hombre de bien, la caída del poderoso y la ruina del rico, no fuesen siempre la renta y el interés de la murmuración. — Por más que digan, Edie, respondió suspirando, tenemos con que pagar nuestras deudas, y la que hemos contraído con vos es una de las más sagradas. Tomad, pues, lo que os entrego.

— ¡Bueno! ¡para que sea robado ó asesinado alguna noche pasando de un lugar á

otro, ó para que esté en continuo susto de serlo, que no vale mucho más! Escuche vm., miss Wardour, añadió bajando la voz, después de haber echado una mirada de precaución en torno suyo, voy á comunicar á vm. con reserva que no estoy tan desprovisto de dinero como muchos se figuran; y aunque sea muy posible que muera en algun foso, se encontrará cosido en mi vieja capa azul lo suficiente para enterrarme como cristiano, y regalar como corresponde á los que se dignaran venir á mis exequias. Ya vé vm. que he procurado por mi entierro: ¿que necesita más un viejo mendigo? Si me veían cambiar un billete de banco, todas las limosnas serian acabadas para mí, la noticia se estenderia como un relámpago por todo el país: dirian que el viejo Edie está atestado de oro y de plata, y me moriría de hambre ántes de que nadie me diese un hueso á roer ó un dinero para la faltriguera.

— ¿Con que no puedo hacer nada por vos?

— Sí tal. Desde luego vendré, como suelo hacer, á pedir limosna. En seguida puede vm. decir al comisario y á los agentes de policía que me dejen ejercer libremente mi profesion. Luego una palabrita á Sandy Netherstane, el molinero, para que encadene su mastin; no quisiera que pegase como hace á aquel pobre animal, él cumple con su obligación ladrando

contra un mendigo. Hay todavía otra cosita, pero acaso sería demasiado atrevimiento en mí hablar de semejante asunto.

— ¿De que se trata, Edie? estad cierto que haré cuanto dependa de mí para daros gusto en todo lo que pueda interesaros.

— ¡Oh no! esto interesa solamente á vm., y no depende mas que de vm. misma. Vamos, será preciso que lo diga. Vm. es una buena muchacha, una linda muchacha, es posible que tenga vm. una dote regular; pero no quite vm. las esperanzas á ese jóven Lovel, como ha hecho vm. poco tiempo ha en *Brierybank*, donde yo los ví á los dos y los oí tambien, aunque vms. no lo advirtiesen. Sea vm. indulgente con ese pobre muchacho que le ama á vm. de corazon. Si vm. y su padre viven aun, á él y no á mí deben agradecerlo.

Pronunció estas palabras con voz baja, pero distintamente; y sin aguardar la respuesta, se entró por una puertecita que conducia á la parte del edificio donde habitaban los criados.

Miss Wardour permaneció algunos instantes en la actitud en que se hallaba cuando el viejo tocó esta inesperada tecla, es decir, apoyada en las barras de hierro de la ventana, y le fué imposible contestar una palabra sobre tan delicado punto, hasta que el mendigo hubo desaparecido. Erale en efecto muy di-

fícil tomar una resolucion en esta parte. Bien habia tenido con ese jóven desconocido una entrevista y conversacion particular; pero causóle sumo disgusto el ver que estaba en posesion de su secreto un hombre á quien ninguna jóven hubiera tomado por cierto por confidente, y que era, por profesion, el propagador de todos los chismes y enredos del distrito. No tenia ningun motivo para suponer que el viejo quisiese hacer con ánimo deliberado cosa que le fuese desagradable, y menos que le ocasionase perjuicio; pero la libertad que se habia tomado de hablarle como acababa de hacer, le parecia suficiente para probar una falta de delicadeza total, y estaba convencida de que un partidario tan declarado de la libertad no tendria ningun escúpulo en hacer ni en decir lo que le pasase por la imaginacion. Esta idea la atormentaba de tal modo, que casi deseaba que Lovel y Ochiltree no se hubiesen hallado tan á propósito el dia anterior para salvarle la vida.

Miéntas sufria tal agitacion de ánimo, vió repentinamente entrar en el patio á Oldbuck y á Lovel. Retiróse al momento de la ventana, pero de modo que pudo notar, sin ser vista, que el anticuario se detuvo en frente de la casa, y que señalando el escudo de armas de los antiguos propietarios, esculpido en la pared,

parecia prodigar á Lovel todos los tesoros de su erudicion, en tanto que el aire distraido de este indicaba claramente que todo aquello era tiempo perdido. Isabel tocó la campanilla, dió orden á un criado que los hiciese subir al salon; y ella pasando por una escalera escusada entró en su gabinete para reflexionar, ántes de presentarse, el mejor partido que podria tomar. Con arreglo á sus órdenes, el criado introdujo á los dos amigos en el salon donde solian recibirse las visitas.



CAPITULO XIII.

- « Antes os aborrecia,
 » Mas ya el odio se acabó;
 » No presumais sin embargo
 » Que se ha trocado en amor.
 » Para mí vuestra presencia
 » Era objeto de afliccion,
 » Conozco que en adelante
 » La toleraré mejor.
 » No aguardéis de mí otra cosa,
 » Y aun de este corto favor
 » De que me siento capaz,
 » Podeis dar gracias á Dios. »

(SHAKSPEARE. *Como á vm. guste.*)

EL color de miss Isabel Wardour estaba mas encendido de lo regular, cuando despues del tiempo necesario para poner algun orden en sus ideas, entró en el salon.

— Mucho celebros ver á vm., mi hermosa enemiga, dijo el anticuario saludandola con el aire mas afectuoso, pues he tenido en este mi jóven amigo un oyente refractario ó á lo menos muy distraido, cuando le hacia la narracion de la historia del castillo de Knockwinnoek. Creo que el peligro de la noche pasada ha trastornado un poco la cabeza á mi compañero. Pero